

# EL MANAGEMENT DE ADOLF HITLER

Un ejemplo de cómo la técnica sin ética acaba por tornarse perversa



Por

**Javier Fernández Aguado**

Presidente de MindValue y premio al Mejor Asesor de Alta Dirección y Conferencista (España, 2014)

**A** lo largo de los años en los que he estado embarcado en la preparación del libro *El Management del III Reich (LID Editorial)*, me he cuestionado si vale la pena dedicar cientos de horas al estudio del management del régimen nazi. La respuesta ha sido positiva. Sentía la necesidad intelectual de entender cómo un colectivo llegó a convertirse en una estructura perversa.

He contemplado los hechos desde una pluralidad de ángulos, remitiéndome siempre al sistema de gobierno que empleó Hitler. Se cumplen, en el 2014, 80 años desde que asumió la presidencia de Alemania a la muerte de Hindenburg.

Hitler, como muchos dirigentes, se empeñó en diseñar un modelo que explicara el universo. En ese paradigma (*Weltanschauung*) debía entrar todo: la estructura de la organización, la economía, la banca y el estilo de delegación.

**“En Alemania, el nacionalismo fue agitado por Hitler en un país que no era el suyo y que hasta 1870 ni siquiera existía”**

¿Qué había detrás de Hitler? Una ideología en la que desembocaban dos afluentes reflejados en el nombre del partido: el nacionalismo y el socialismo.

Hitler fue una nacionalista obsesivo. Solo por excepción se distancia el nacionalismo del racismo. El frustrado austriaco consideraba inferiores a los no arios. Resulta insensato que alguien por haber nacido o residido en determinado lugar se considere con derecho a menospreciar a los demás. Es así como el racismo-nacionalista es una enfermedad ligada a un sentimentalismo con insuficiente claridad intelectual. Se difunde gracias a un reducido grupo de personas que navegan camino al enriquecimiento personal, sobre la bobería de quienes les ensalzan. La teoría de la raza dominante (*Herrenvolk*) propia de todo nacionalismo fue punta de lanza de Hitler para conquistar y mantenerse en el poder.

Como todo nacionalista, Hitler enredó con el truco del agravio. El nacionalista enarbola con destreza la denuncia de supuestos ultrajes. Una ensortijada imaginación encontrará provocación donde aletea sentido común o... nada. La despreocupación de otros por extemporáneas reclamaciones será denunciada por el nacionalista como menosprecio.

En Alemania, el nacionalismo fue agitado por quien ni siquiera nació en el terruño. ¡Un austriaco como Hitler avivaba una frenética

emoción en un país que no era el suyo y que hasta 1870 ni siquiera existía!

Hitler impuso que los jóvenes alemanes se impregnasen desde la pubertad con esas doctrinas. Se lee en un libro infantil alemán impreso en 1936: “El diablo es el padre del judío. Cuando Dios creó el mundo, inventó las razas: los indios, los negros, los chinos. También la maligna criatura llamada el judío”.

Hitler se consideraba el definitivo aplicador del marxismo, el conspicuo implantador de un régimen en el que lo único relevante es el colectivo denominado Volk que tantas veces empleó el Führer para perpetrar abusos. Explicaba: “El nacionalsocialismo es lo que el marxismo hubiese podido ser si se hubiese desligado de la unión absurda, artificiosa, con una ordenación democrática”.

Su socialismo no fue el de la propiedad sobre los bienes, sino el de la relación que cualquier ciudadano establece con el Estado. Hitler socializaba personas, no propiedades.

Sus perniciosas propuestas quedaron ocultas en los albores por una aparente eficacia. Posteriormente, se cumplió un adagio universal: la técnica sin ética acaba por tornarse perversa. **f**

*\* Fernández Aguado será key speaker en el 12°*

Congreso Peruano de Gestión de Personas 2014, organizado por Seminarium, El Comercio y APTiTUS. Para inscripciones, visite [seminarium.pe/congresos](http://seminarium.pe/congresos)